

que si es lícito escribir la luna *avanza majestuosa* (=majestuosamente), es, en cambio, ridículo, impropio y sin sentido decir que *una niña me mira rubia* o que *una moza friega colorada* o que *un hombre come calvo*. Estos adjetivos no pueden convertirse en adverbios de modo (*rubiamente, coloradamente, calvamente*). Y aquí sí que nos encontramos con un verdadero tranquillo que tiene por objeto redondear, en apariencia, frases que con su natural construcción quedarían colgadas e incompletas. Si yo escribo: «La carretera polvorienta se extiende; a la derecha un arroyuelo juguetón corre», el lector advierte que falta algo; esos verbos están pidiendo un complemento que particularice su acción y que le dé, al propio tiempo, a las frases, la cadencia de que carecen. Pero en vez de buscarlo es más cómodo cambiar el orden de las palabras y desorientar la imaginación y el oído del lector: La carretera se *extiende polvorienta*; a la derecha, un arroyuelo *corre juguetón*.

Páginas 179-180:

Entre los literatos de la generación del 98, no pocos de los cuales sentaron plaza de estilistas, la persecución del *que*, y de la preposición *de*, era una verdadera manía.

—¡Cuatro preposiciones de ablativo seguidas!—grita (Valle-Inclán) leyendo un artículo del *Heraldo*—. «Las estatuas *de* piedra *de* los reyes *de* la plaza *de* Oriente...» ¡Qué escándalo! ¡Horroroso!

Y efectivamente, son un escándalo las preposiciones de ablativo... (*Charivari*, 24.)

Como se ve, no andaban muy enterados de la gramática los futuros maestros: habían oído campanas,

pero no sabían distinguir ablativos de genitivos. En cuanto al *que*, se ha reprochado, no sin razón, a nuestros clásicos, el abuso que de él hacían, aunque, a mi ver, no están suficientemente estudiados los múltiples y utilísimos oficios que tuvo dicha partícula, a más de servir de relativo y conjunción. Ello es que el exceso, si lo hubo, habíase corregido por entero mucho antes de que naciesen los actuales literatos. Pero he aquí que «Azorín», más extremado en esto que sus demás colegas, se propone el exterminio de los *ques*, a costa de repetir sin empacho cualesquiera otras palabras y de incurrir en ese estilo asmático, de las frases cortadas, que tanto hubiera molestado a Flaubert.

En los últimos trozos copia los no hay un solo *que*. Si abrimos la novela *La Voluntad* por el capítulo XXIV habremos de recorrer página y media para dar con la partícula nefanda. Empieza así el capítulo: «Yuste y Azorín han ido al Pulpillo. El Pulpillo es una de las grandes llanuras yeclanas.» Un escritor menos refinado hubiera puesto, llanamente, «.... han ido al Pulpillo, *que* es una de las grandes llanuras....» con lo cual hubiera ahorrado tiempo y palabras inútiles. He aquí otros ejemplos:

Y las *monjas* aparecen en la lejanía del claustro. Las *monjas* entran en el *refectorio*. El *refectorio* es una espaciosa estancia de paredes blancas. (*La Voluntad*, 132.)

La *cocinera* aparece con un ancho *tablero*; sobre el *tablero* van puestas las *escudillas*; la *cocinera* pone ante cada *monja* su *escudilla*. Y las *monjas* comen. (Idem, 133.)

Del comedor las *monjas* van al *huerto*. El *huerto* es un viejo jardín salvaje. (Idem, 134.)